

Las maquilas de Juárez: una nueva revolución industrial

Saul Landau

Las empresas maquiladoras ubicadas en la zona norte de México, junto a la frontera de EEUU, suponen una nueva revolución industrial que ha atraído a gran cantidad de personas del campo a la ciudad y ha generado dramas humanos y medioambientales, en muchos casos irreversibles. La maquila implica que las empresas estadounidenses exportan a México materias primas y luego importan, libres de impuestos, las piezas terminadas y los productos ensamblados. Para atraer a estas firmas es necesario eliminar restricciones en materia laboral, sindical, de pago de impuestos y de normativas medioambientales. La competencia de los salarios chinos, más bajos aún que los mexicanos, ha provocado que muchas de estas fábricas trasladen su producción al país asiático, con lo que 250.000 personas han perdido su trabajo en el norte de México y se han quedado sin alternativas de subsistencia.

Mis alumnos me preguntan si el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, entre EEUU, Canadá y México (ALCAN) funciona tan espléndidamente como aseguró el presidente estadounidense Bill Clinton y como ahora asegura George Bush. Después de pasar unos días en el área de El Paso-Juárez, puedo afirmar que funciona fabulosamente si uno es un especulador — digo, inversor— o director general de una corporación multinacional con una fábrica sucursal abierta en Juárez. También les ha ido bien a unos pocos millonarios mexicanos que alquilan tierras para parques industriales y a los que se alimentan de los contratos de las fábricas para la exportación. En cuanto a los más de un millón de mexicanos que trabajan en las maquiladoras y que no han perdido su trabajo recientemente, han sobrevivido, lo que no hubieran podido hacer de haberse quedado en sus improductivos lugares de origen.

Las maquiladoras contemporáneas representan una nueva revolución industrial. En lugar de leer acerca de Manchester o Leeds en los años cuarenta del siglo XIX, visiten Tijuana o Juárez en la actualidad. El moderno equivalente de la saga descrita por Charles Dickens tiene en su centro la maquiladora, que atrae a gente del campo hacia las ciudades y después provoca dramas humanos.

En Juárez, por ejemplo, se han encontrado los restos de más de 250 mujeres que fueron violadas y mutiladas. Casi todas ellas trabajaban en maquiladoras. Gente de comunidades tradicionales ha hecho una difícil transición a la vida no comunal, donde cada persona debe sospechar de su vecino.

Ciudad Juárez, al otro lado del una vez poderoso Río Bravo —que ahora es un hilo de agua— ha crecido como un cáncer. El crecimiento no tiene mucho que ver con el desarrollo. En sus desnudas colinas arenosas han brotado colonias (eufemismo de "villas miseria"). Las familias campesinas llegan cuando se rinden al hecho de que sus tierras ya no los mantienen. Encuentran trabajo en las fábricas para la exportación, arman como pueden casuchas de madera, metal y plástico y encuentran la forma de conectarse clandestinamente a la energía eléctrica (algunos se electrocutan en el intento). Esperan a que los camiones circulantes del agua y del gas que hacen sonar "La Cucaracha" por sus altavoces traigan los materiales necesarios para la vida y para cocinar. A menudo, estas familias almacenan el agua en viejos barriles de metal que una vez contuvieron productos químicos. El aire, que antes sólo era polvoriento durante la temporada de vientos fuertes, ahora apesta por las emisiones de las fábricas y por el hedor del humo de autos sin silenciador. Desde que EEUU hizo más rígida la seguridad en la frontera, los coches permanecen dos o tres veces más tiempo en los puentes que enlazan Juárez con el vecino El Paso. Las emanaciones de gases caen sobre los residentes.

En colonias como Anapra y Lago Poniente, la gente del campo adquiere rápidamente costumbres urbanas. Tratan de criar a sus hijos para que obtengan logros académicos o los envían a las

maquiladoras, aún adolescentes, para que contribuyan al magro ingreso familiar. Un número alarmante de jóvenes cae en las drogas, la prostitución y la delincuencia pandillera.

En las colonias, las chozas dan a calles sin pavimentar donde los perros sarnosos defecan y los niños corren descalzos en el polvo del verano. Pero —dicen Ana María, madre de tres hijos, y Catalina, que tiene siete— al menos Juárez significa certeza de empleo.

Hace dos años —la vez anterior que estuve en Juárez—, la mayoría de las maquiladoras buscaban trabajadores y funcionaban con tres turnos diarios. La tasa de empleo estaba cerca del 100%. Un empleado descontento en la fábrica A podía renunciar y encontrar trabajo en la fábrica B, al otro lado de la calle, donde el salario era de cinco centavos más por hora o la comida en la cafetería era mejor. Esa movilidad laboral ha terminado con la llegada de la recesión.

Durante los últimos 18 meses, unos 250.000 trabajadores de fábricas han perdido su trabajo en México. Irónicamente, muchas de las mismas fábricas que se mudaron de EEUU en los años ochenta y noventa encuentran ahora razones apremiantes para bajar los salarios o trasladar sus operaciones a Asia. Catalina, Ana María y sus muchos hijos han sido despedidos recientemente. Las fábricas donde trabajaban, que en otros tiempos estaban ocupadas, se han transformado en lápidas sepulcrales; los parques industriales se han convertido en cementerios industriales. Las malas hierbas, los plásticos y los papeles cubren ahora lo que fue un atestado aparcamiento frente a Quality Industrial Services. Un solitario guarda de seguridad comparte el espacio con un gato zarrapastroso y un pájaro esquivo. “Es difícil, me dijo el hombre, ver cómo cierran las maquiladoras y se van para China”. El hombre culpa a la depresión del año pasado en EEUU de que los mexicanos hayan quedado desempleados.

“A primera vista —dice Víctor Quintana, sociólogo de Chihuahua— la pérdida de empleos es resultado de la recesión en EEUU y las sacudidas posteriores al 11 de septiembre, pero en realidad eso es una cortina de humo para ocultar causas más profundas. La recesión estadounidense fue apenas un resfriado, mientras que en México nos ha dado una pulmonía”. El modelo de la maquiladora, predice Quintana, ha desgastado su potencial. “México no puede competir con China. Pero ese modelo ya ha hecho su daño”. Según Quintana, hace dos años Chihuahua tenía la mayor tasa de empleo de México. Hoy tiene el mayor desempleo del país. Gracias a los despidos provocados por los cierres de fábricas, la mudanza de éstas o la reducción de turnos, Chihuahua ha perdido más de 100.000 puestos de trabajo.

Un artículo publicado el 20 de junio de 2002 en *The Washington Post* aseguraba que, durante los últimos dos años, más de 500 fábricas de montaje de propiedad extranjera se mudaron de México a China. Los contables y gerentes de las compañías han llegado a la conclusión de que la diferencia de salarios entre ambos países cubre el coste del transporte y las inconveniencias de la distancia. En Juárez —donde el coste de la vida es aproximadamente el 75% que el de El Paso, al otro lado del río— un operador de maquinaria que comienza a trabajar en una maquiladora gana menos de ocho dólares diarios, mientras su homólogo en China gana sólo la cuarta parte de ese mísero jornal.

Víctor Quintana no llora por lo que él cree el fin de la era de la maquila. Lo que hizo el ALCAN, y todo el modelo de libre comercio, fue lanzar una ofensiva cultural contra la mayoría de los pobres del mundo. Quintana insiste que la maquiladora representa mucho más que una nueva forma de producción. “Dicta cómo nos relacionamos, cómo vivimos, qué hacemos y consumimos. Dicta el individualismo, destruye la comunidad. Es una forma de terrorismo que lleva a la gente por caminos que evitan la vida y la lleva a la bebida, a las drogas, a las religiones de moda. Nos inunda con su propaganda cultural. La maquiladora tiene su propio discurso, un discurso que se burla de los valores tradicionales, como cooperación y solidaridad. Sus únicos valores son el individualismo y la competencia”.

Quintana pierde la paciencia ante los ricos y poderosos, como el propio presidente mexicano Vicente Fox, que se retuercen las manos porque “perdemos nuestros valores tradicionales” mientras que, en busca del crecimiento económico, traen con entusiasmo al país a las maquiladoras destructoras de valores.

La maquiladoras provocan crecimiento económico, pero también el de la tasa de criminalidad. “Los que predicán que debemos respetar a la naturaleza invitan a las maquiladoras que, a su vez, destruyen la naturaleza. Las maquiladoras destruyen a la gente y su relación con la naturaleza. Están más allá de la crueldad. Simbolizan la impersonalidad del capitalismo corporativo multinacional”.

Un ejemplo es el caso de Leticia Ortiz, que llegó a Juárez desde el campo hace 19 años. Trabajó en una gran maquiladora y ascendió hasta llegar a ser jefa de personal. Luego, sin ningún aviso, fue despedida. Los directores generales, residentes en alguna distante ciudad del mundo, decidieron mudar sus fábricas a China, donde los salarios son significativamente menores que los de Juárez y la productividad la misma. ¿Se siente amargada? “No, sólo desencantada”, dice ella. “Después de mi esfuerzo de tantos años creo que desarrollé un sentimiento de lealtad a la compañía, un sentimiento que no fue recíproco. Ni siquiera me pagaron lo que me debían por compensación, según la ley. Pero me llevaría demasiado tiempo y sería muy caro hacer la reclamación, así que acepté su oferta nada generosa”. Después de recibir la noticia de su despido, Leticia dice que se fue a su casa y lloró durante horas. Luego, dice, básicamente se pasó durmiendo seis meses. “Supongo que puede decirse estaba deprimida”.

Historia de las maquilas

A partir de 1965, Juárez inauguró sus primeras maquiladoras. El objetivo era brindar empleo a la fuerza laboral de cientos de miles de trabajadores migratorios que habían perdido su trabajo en los algodones de Texas, gracias a una nueva máquina que los había reemplazado. Los inversores estadounidenses invadieron México. Salarios bajos y una fuerza laboral productiva, bajos impuestos y ninguna regulación a favor del medio ambiente, hicieron a México atractivo. Pero poco a poco los sindicatos independientes, apoyados por algunos sindicatos de la American Federation of Labour-Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO),¹ comenzaron a surgir en las ciudades fronterizas y su sola aparición produjo un aumento en los salarios.

Hasta hace poco, las inversiones en la maquiladoras mexicanas continuaron aumentando. Desde 1994, el ALCAN proporcionaba una garantía para los inversores cautelosos y la tasa de crecimiento de las maquiladoras alcanzó las dos cifras. Este acuerdo brinda incentivos de exención de impuestos para los propietarios de maquiladoras, de forma que las compañías estadounidenses exportan materias primas a México y luego importan libre de impuestos las piezas terminadas o productos ensamblados: electrónica, equipos eléctricos, automóviles, camiones y remolques o sus piezas, productos de madera, plásticos y textiles.

Cuando comenzó el experimento de la maquila en 1965, Juárez atrajo a un puñado de fábricas. Pero ahora, casi 4.000 de estas plantas de producción para la exportación, la mayoría de propiedad extranjera, llenan el paisaje de ciudades fronterizas como Juárez, Tijuana, Mexicali, Nogales, Matamoros y otras. Es más, las maquiladoras se han movido también hacia el interior del país.

La maquila supone aproximadamente la mitad de los casi 150.000 millones de dólares que México exporta anualmente. Pero, a pesar de lo eficiente que ha demostrado ser la fuerza laboral mexicana en cuanto a competencia global, se queda muy atrás de los trabajadores chinos en el campeonato de salarios bajos.

Algunas plantas de Juárez habían previsto la situación y construyeron plantas automatizadas y hasta robotizadas. Una fábrica de propiedad italiana elabora armazones de televisores y computadoras que se hacen en un molde y son extraídos por un robot. La planta utiliza pocos trabajadores. El director italiano de la misma afirma que es lógico, en un sentido estratégico, abrir una planta en Juárez, dada su proximidad a la frontera estadounidense. “Los salarios que pagamos aquí son aproximadamente la cuarta parte de lo que tendríamos que pagar en Milán”, agregó.

¹ Federación que agrupa a 65 sindicatos y organizaciones de trabajadores estadounidenses (N. del E.)

Pero los mexicanos que acudieron a Juárez lo hicieron por necesidad. Ya no podían sacar de la tierra ni siquiera la subsistencia. Llegaron porque las maquiladoras parecían prometer una seguridad permanente de trabajo, aunque precaria. ¿Qué pasará, ahora que alguna de esta gente se ha quedado desempleada?

Según el sociólogo Quintana, unos pocos regresarán a las aldeas que se vieron obligados a abandonar a fin de obtener empleo. Algunos aún tratan de superar los difíciles obstáculos de la frontera estadounidense. Sin embargo cerca de El Paso, desde los ataques del 11 de septiembre, casi nadie tiene éxito en cruzar. La avanzada tecnología estadounidense y las patrullas vigilantes actúan como una virulenta forma de disuasión. Más al oeste, en las áreas más remotas y cálidas del desierto de Arizona, donde las temperaturas sobrepasan en verano los 45 grados, los "coyotes" conducen a sus presas humanas. Estos traficantes de personas ofrecen por un precio sus servicios para el cruce de la frontera a aquellos que quieren, desesperadamente, llegar a territorio estadounidense. Los "coyotes" garantizan a sus clientes la abundancia de agua y, a menudo, los abandonan justo en el lugar en que se acaba el agua y la temperatura se vuelve insoportable para la vida humana. Sólo en junio de 2002 más de veinte mexicanos, incluyendo una niña de once años, murieron en esta ruta. Regularmente aparecen noticias en los medios acerca de camionetas que se estrellan por exceso de velocidad, matando a su carga de trabajadores indocumentados al tratar de eludir la persecución de las patrullas fronterizas. "Las leyes de inmigración de EEUU son leyes de muerte", dice un residente mexicano de la frontera.

Gracias a la vigilancia de la patrulla fronteriza recientemente militarizada, el flujo tradicional de mexicanos hacia EEUU ha disminuido significativamente. Las zonas habituales tienen demasiadas patrullas, así que el peligroso desierto se ha convertido en la elección de los verdaderamente desesperados y aventureros.

Como resultado de esta persecución de los braceros o "mojados", la mayoría de los recién desempleados permanecen en Juárez. "La población puede haber llegado a tres millones", especula Félix Pérez, un activista local del medio ambiente. Nadie los ha contado. Cada día cientos, quizá miles, llegan a la estación de autobuses buscando trabajo en las maquiladoras. "Me quedo en Juárez", dice Ana María. "Es duro aquí, pero imposible en mi tierra".

Los vendedores de maquiladoras predicán a los inversores potenciales que la fuerza laboral mexicana aún puede competir con otros países del Tercer Mundo en cuanto a salarios y productividad. Ésa es la competencia global. ¿Qué país puede ofrecer a su gente por los salarios más bajos? ¿Qué país puede prometer a las industrias que ensucian el entorno las menores regulaciones a favor del medio ambiente, los impuestos más bajos, el menor control del puesto de trabajo en cuestiones de salud y seguridad y las menores probabilidades de sindicalización? Éste es el mercado libre. ¡Ésta es la democracia!

Para mantenerlo sano, haciendo caso a los presidentes Bush y Fox, necesitamos más de lo mismo. Bush no hace referencia a los horrores laborales, sociales y del medio ambiente que se han desarrollado junto con lo que, eufemísticamente, se conoce como libre comercio. Es más, él mismo ha presionado "patrióticamente" para ampliar su autoridad en materia comercial.²

Unos pocos días en Juárez dejan claro, a cualquier persona sensible, que no existe un cerebro orientador en el proceso de las maquiladoras. El estado de cuentas, que dicta la política de las corporaciones, dicta toda la vida.

La segunda gran víctima: el medio ambiente

² A principios de agosto de 2002 se promulgó la llamada Autoridad de Promoción Comercial (TPA, por sus siglas en inglés), un mecanismo antes denominado Fast Track que otorga a la Casa Blanca amplios poderes para sellar acuerdos comerciales con terceros países, que el Congreso puede aprobar o rechazar pero no modificar (N. del E.)

Después de semanas investigando las condiciones laborales y del medio ambiente en la frontera EEUU-México, he llegado a la conclusión de que al sistema de producción utilizado para inundarnos con productos —la globalización— le falta un cerebro humano, pero tiene una excelente calculadora. Aunque los gerentes de las multinacionales y los urbanizadores de los gigantescos parques industriales de las ciudades fronterizas del lado mexicano tienen importantes títulos universitarios y hablan de forma coherente acerca de estados de cuentas, no he encontrado evidencias de una inteligencia sensible. Estos especímenes humanos, con alto coeficiente de inteligencia y licenciaturas de universidades prestigiosas, representan a un sistema de producción, distribución y ventas que acumula riquezas, materias primas y humanas, siglas y etiquetas: ALCAN, Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), Organización Mundial del Comercio (OMC), comercio libre, neoliberalismo, globalización y, por supuesto, el “mercado libre”.

El sistema funciona sobre una base racional —lo cual quiere decir que posee medidas para evaluar la eficiencia— pero carece de razón humana. Por ejemplo, el sistema global necesita recursos adecuados: agua, aire y tierra de buena calidad, para seguir elaborando los productos que luego promociona implacablemente entre todos los compradores potenciales. Sin embargo, a fin de hacer “competitivos” estos productos, arruina sistemáticamente el agua, el aire y la tierra y destruye prematuramente la esencia de la propia gente que debe trabajar en sus fábricas.

Ciudad Juárez, en el Estado de Chihuahua, brinda una clara ilustración. A finales de junio de 2002 me encontraba en la margen sur de un canal de aguas negras de más de siete metros de ancho que atraviesa la ciudad. La cámara de vídeo enfocaba a Osvaldo Aguinaba, un viejo campesino, que estaba al otro lado. Traté de que el hedor que subía de la rápida corriente no interfiriera con mis pensamientos. “Dígame —grité— ¿esta agua apestosa siempre ha corrido por aquí?”. “Sí, pero eran sólo aguas albañales, desechos de seres humanos”. Osvaldo, vestido con ropa blanca de trabajo asintió con la cabeza y señaló la pútrida corriente de agua. “Ahora están mezcladas con los desechos químicos de las fábricas. Esas fábricas son responsables de casi toda la porquería. Están arruinando el campo”. Otro viejo agricultor se unió a él. Sacudió con tristeza la cabeza. “El Gobierno está dejando morir la agricultura”, dijo mientras señalaba las aguas negras.

Si uno se sube en una escalera, en el lado donde estaban los agricultores, puede ver Texas a menos de un kilómetro. En la parte mexicana de la frontera, a unos cuarenta kilómetros al sureste de Juárez, se cultivan sorgo y otros alimentos para el ganado, junto con algodón. “No nos dejan usar el agua para regar los frutales”, me dijo. “Gracias a Dios”, murmuré. Pero también me pregunté cuánto pueden vigilar las autoridades en el Chihuahua rural.

Osvaldo dijo que todavía cultiva algo de trigo. Sentí un estremecimiento. “Sí, las aguas negras se infiltran en los campos. Pero ¿qué podemos hacer? Ha habido una larga sequía. Tenemos que comer. Los animales tienen que comer. Tenemos que atender nuestros cultivos y venderlos, con cualquier tipo de agua que podamos encontrar”.

Se supone que la gente se come el trigo, así como la carne y la leche de las vacas que comen los granos regados con este río tóxico. A unos pocos kilómetros al sur, una planta convierte los desechos sólidos en barras de sedimento que luego vende a los agricultores como fertilizante. Aunque no soy científico, mi olfato me dice que me aleje de las aguas negras y no coma nada que haya estado en contacto con ellas.

“Los peores contaminantes son los metales peligrosos usados en el procesamiento de metales”, dice Federico de la Vega, quien estudió ingeniería química en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) y regresó a su casa, en Ciudad Juárez, para dirigir un negocio de distribución de cervezas y refrescos y arrendar parques industriales a las maquiladoras extranjeras. “La limpieza de metales para cerraduras y otros productos industriales implica el uso de cloro, bromo y otros elementos verdaderamente tóxicos, y yo sé que algunos de los gerentes de las maquiladoras no se deshacen de los residuos venenosos de manera adecuada. Me preocupa especialmente la salud de las mujeres embarazadas que entran en contacto con esos compuestos”.

Hasta Jaime Bermúdez, el padre y principal promotor de los parques industriales de Ciudad Juárez, admitió que los problemas ambientales son graves. “Pero podemos resolverlos. Las maquiladoras traen puestos de trabajo y sin trabajo no somos nada”.

Me recordó el discurso de algunos sindicatos estadounidenses hace unas décadas, cuando sus afiliados exigían que se enfrentaran a los peligros químicos, nucleares y otros en el puesto de trabajo. “¿Qué es más importante, un poco de porquería en el aire y el agua o la oportunidad de ganarse bien la vida para su familia? Pórtense como trabajadores duros. El medio ambiente es para los afeminados”.

En ciudades fronterizas como Juárez la contaminación te golpea en los ojos, los oídos, la nariz, la garganta y los pulmones. “En primer lugar están los autobuses antiguos”, dice Félix Pérez. “Estos vehículos son el medio básico de transporte de la ciudad. No sólo son extremadamente incómodos, sino que emiten enormes cantidades de vapores nocivos”. Pérez señaló los viejos autobuses escolares estadounidenses, que van y vienen cargados de obreros entre las colonias donde viven y las fábricas donde trabajan. Algunos presentan poca o ninguna amortiguación mientras van saltando por las calles sin pavimentar y con huecos, a lo largo de las cuales están las chozas (las casas de algunos de los que producen artículos para el hogar, piezas para camiones elegantes y nuevos accesorios para automóviles y computadoras). Un viaje promedio de la colonia a la fábrica tarda casi una hora.

“Lo cierto es que no tenemos un sistema de transporte que respete el medio ambiente. Agréguese el hecho de la contaminación producida por las medidas de seguridad posteriores al 11 de septiembre, puestas en práctica por las autoridades fronterizas de EEUU, y el aire se hace verdaderamente irrespirable”.

Pérez se refiere al tiempo extra que se requiere ahora para cruzar los tres puentes que enlazan Ciudad Juárez con El Paso, en Texas. La demora ha llevado el tiempo de espera por lo menos al doble, así que los residentes de Juárez y El Paso absorben el doble de emisiones, procedentes de los autos y camiones que esperan su turno con el motor encendido para que la aduana de EEUU les permita cruzar. No hace falta decir que los vehículos mexicanos no han pasado la inspección de control de emisiones.

“Luego está el asunto de la carencia de agua”, continúa Pérez. El otrora poderoso Río Bravo está reducido a un arroyo en algunas partes de Juárez y lo que queda es un desafío al contacto humano. “A Juárez le queda agua para cinco años”, predice. “Para el futuro, los funcionarios de la ciudad han descubierto una fuente de agua en el desierto, pero está localizada en un cementerio nuclear donde hay enterrado, entre otras cosas, cobalto radiactivo. Puede haberse infiltrado en el agua”.

Nadie sabe con certeza si el agua será apta para el consumo. Pero la planificación industrial en los países del Tercer Mundo no tiene en cuenta el factor de la salud humana. Los ricos, por supuesto, compran agua embotellada y el suministro de fuerza de trabajo barata, en lugares como México, será abundante durante muchas décadas. Las compañías abandonan a los trabajadores más viejos en favor de adolescentes, la mayoría de los cuales tendrá suficiente salud y energía para las necesidades productivas de los próximos cinco años. Al llegar a los cuarenta surgen los cánceres, las enfermedades pulmonares y los síndromes asociados con movimientos repetitivos.

Justo cuando nos marchábamos de Juárez la compañía Scientific-Atlanta, el segundo fabricante estadounidense de armazones de televisores, anunció que había eliminado 1.300 puestos de trabajo en México debido a la disminución de la demanda. Un portavoz de la compañía, Paul Sims, advirtió de que se esperaban más reducciones de puestos. Los problemas de Scientific-Atlanta provienen de una demanda reducida después de llegar a su nivel más alto en 2000.

Los nuevos residentes de Juárez, que llegaron aquí para buscarse la vida después de que la economía del campo se agotó, ahora se enfrentan al desempleo sin ninguna seguridad y con un entorno físico que parece insostenible.

¿Por qué las brillantes personas que desarrollaron la idea de las maquiladoras como base económica no pudieron pensar también en la posibilidad de que se produjeran situaciones extremas? ¿O es ésta la propia naturaleza del nuevo orden mundial, un corporativismo global que dicta la prosperidad a corto plazo y el desastre en el futuro?

Saul Landau es director de Medios Digitales y de Extensión Internacional del Colegio de Letras, Artes y Ciencias Sociales de la Universidad Politécnica Estatal de California, en Pomona. Su nuevo filme es *Maquila: una historia de dos Méxicos*. www.saulandau.org

Artículo publicado en en nº81 de la revista 'Papeles de cuestiones internacionales'

Copyright: Fundación Hogar del Empleado - Centro de Investigación para la Paz. Todos los derechos reservados.

Para solicitar autorización de reproducción de artículos, escribir al Centro de Investigación para la Paz (CIP).